

AVENIDA RECOLETA

POR LA TRANQUILIDAD DE ESTE ANTIGUO CAMINO, LOS FRAILES FRANCISCANOS LO ESCOGIERON PARA LEVANTAR UNA IGLESIA Y UN CONVENTO DONDE SE DEDICARON A LA ORACIÓN Y AL SERVICIO DE LOS MÁS POBRES.

Por Sergio Martínez Baeza

Un antiguo camino, paralelo al de la Cañadilla o “Camino de Chile”, actual avenida Independencia, que ya existía hacia el norte antes de la llegada de los conquistadores, es el “Camino del Salto” o “Camino de Conchalí”. Abierto en los primeros tiempos de Santiago, sirvió para dar acceso a varias chacras, entre ellas la de Rodrigo de Araya, que tenía un famoso salto de agua, el “Salto de Araya”, que le dio su nombre y que era una hermosa cascada del río Mapocho.

A la entrada de este camino se establecieron los frailes franciscanos en 1633, que buscaban un sitio más tranquilo (recoleta) que el que ocupaban en la Alameda desde su llegada al país, un siglo antes. Levantaron allí una iglesia y un convento, lo que dio nombre de “Recoleta” a esta antigua arteria.

La congregación franciscana había llegado a Chile en 1553 y en 1572 pusieron la primera piedra de su “Iglesia de San Francisco” en la Cañada (Alameda), en el mismo lugar que hoy ocupa. Junto a ella y emplazada en lo que hoy es la entrada a la calle Londres, estuvo la “Capilla de la Soledad”, que hizo construir la viuda de don Pedro de Valdivia, doña Marina Ortiz de Gaete, llegada a Chile cuando su esposo ya había muerto a manos de los indios. Los padres franciscanos, cuyo convento estaba también en ese sitio, vieron muy pronto que la tranquilidad les abandonaba y buscaron un sitio más alejado para poder vivir mejor las exigencias de su regla, de una existencia sencilla, de silencio y oración (recoleta), y de servicio a los más pobres.

Desde la instalación de la Recoleta Franciscana, el callejón del Salto pasó a llamarse “Camino Real de la Recoleta” y, después, “Alameda de la Recoleta”. Durante los años siguientes, todo el sector de la Chimba experimentó un crecimiento permanente, antes de que hubiese puente alguno sobre el Mapocho. Ambas partes de la ciudad permanecían casi incomunicadas. En tiempos normales se utilizaban los vados o lugares en que las carretas y las cabalgaduras podían cruzar con ciertas precauciones. En invierno, cuando las aguas se tornaban turbulentas, el aislamiento llegaba a ser total. Ello llevó al Presidente don Juan Henríquez, constructor de los primeros tajamares, a ordenar la construcción de un puente, también el primero sobre el Mapocho, en 1681. Quedó ubicado frente a la Recoleta Franciscana y su construcción fue de cal, ladrillo y piedra. Hasta la gran avenida de 1748, este puente facilitó el tráfico hacia y desde la Chimba, pero quedó destruido ese año y, otra vez, ambos sectores de la ciudad quedaron aislados.

En 1762, el padre guardián de la Recoleta franciscana inició gestiones ante el Cabildo de Santiago, sugiriendo la conveniencia de cons-

truir un puente de madera en reemplazo del puente de piedra que se llevó el río”. Después de diversos trámites, el Cabildo acordó realizar la obra, y el puente que se levantó fue modestísimo. Se aprovecharon las ruinas del anterior, en especial sus soportes, colocando sobre ellos las vigas y tablonas muy rústicos de la estructura. Quedó sustentado sobre veintidós postes. Más tarde, para distinguirlo del Puente de Cal y Canto, que se construyó en 1767, el puente de Recoleta fue denominado “Puente de Palo” y en 1829, fue reedificado de modo más sólido.

Los sectores de La Cañadilla (actual Independencia) y de la Recoleta no estuvieron originalmente conectados. Sólo a inicios del siglo XIX, el vecino don Luis Echeverría compró en la Cañadilla la casa y chacra que habían pertenecido al Obispo don José Antonio Martínez de Aldunate, y abrió una calle que comunicó ambas avenidas y que ha llevado el nombre de “calle Echeverría”, hasta hoy.

Pronto se abrieron otros callejones, por donde circulaban los productos procedentes de Renca, Colina y Quilicura para abastecer la ciudad, los que pronto se transforman en calles, como la de los Olivos, o el callejón de los Carriones que pasa a ser la calle Carrión. La calle Dávila fue abierta por don Miguel Dávila Baeza, al que la Municipalidad le dio en 1849 trescientos pesos con ese objeto. También, la “calle del Cequiún” (hoy Andrés Bello), la “calle de la Chimba” (hoy Dardignac), la “calle del Milagro” (hoy Manzano), la “calle de los Hermanos” (hoy Santa Filomena), entre otras. Don Benjamín Vicuña Mackenna tuvo la idea de dar a una calle del sector el nombre de la triunfadora de un concurso de belleza, en 1870, que fue doña Loreto Iñiguez de Ovalle. Así surge la calle Loreto.

Los padres dominicos, dueños de gran parte de la Chimba, como herederos de la propietaria doña Inés Suárez, decidieron vender su propiedad y trasladar su iglesia y convento, de la Cañadilla a la Recoleta. En 1854 se colocó la primera piedra de la Iglesia de la Recoleta Dominicana, que terminó siendo un templo magnífico, con grandes columnas de mármol de Carrara y una gran cúpula, obra del arquitecto Eusebio Chelli. Junto a ella se construyó el convento, con ocho patios, que es hoy un importante Centro Cultural.

Para terminar, es necesario mencionar a una de las figuras más emblemáticas del sector, como fue el Siervo de Dios “fray Andresito”. Fray Andrés Filomeno García Acosta fue un hermano franciscano de origen canario, quien recorrió sus calles por años, con su alcancía, recogiendo limosnas para los pobres y protagonizando hechos calificados de milagrosos, que le dieron fama de santidad y que han dado origen al proceso de su beatificación.